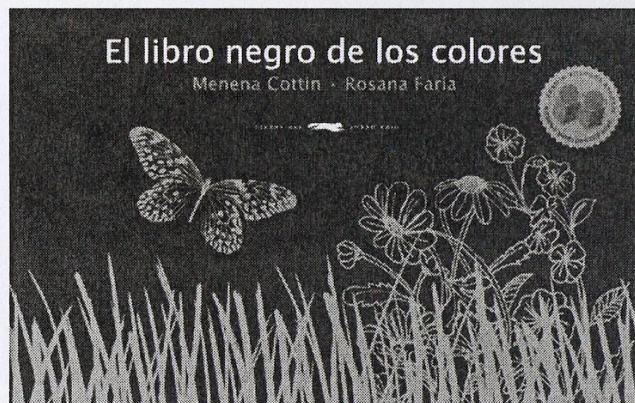


que ya desde su título (viéndolo desde el punto de vista plástico) apunta a mostrarnos un profundo debate sobre distintos aspectos que aborda la edición, la figuración, la esfera propia del valor de los colores que se genera en el contexto de lo propiamente plástico, y la construcción que el niño elabora de un mundo nuevo al que se enfrenta.



[Fig. 3. Portada «El libro negro de los colores».]

En la infancia digamos todas las cosas suceden de manera diferente y las dimensiones objetuales, espaciales, plásticas se van construyendo en la medida que vamos creciendo. El libro (por vía doble: tanto como objeto, artefacto de diseño también plástico, y en concreto “El libro negro de los colores”) crea y diseña un universo estelar de lo literario y afronta una controversia de lo particularmente plástico, esto es: lo visual no se representa como un único canal de reconocimiento a través del cual nuestros sentidos buscan comprender lo pictórico y lo figurativo. Tampoco lo plástico es una simple representación de la realidad. El libro pues es una senda, y sus ilustraciones otros modos de escritura. Además que la relación con el mundo exterior está vinculada directamente con la necesidad de cada uno frente a lo plástico. En este sentido el narrador del cuento, nos afirma: “Según Tomás, el color amarillo sabe a mostaza, pero es suave como la pluma de los pollitos”<sup>4</sup>, como vemos el mecanismo asociativo al universo de los colores es algo más que un mecanismo de representación, donde la fuerza del pigmento se da por vía de la dimensión del objeto. Planteado a través no de un juego de claroscuros, sino de contrastes absolutos (blanco-negro, negro-blanco) y en ese marco continuo vuelve a repetir la voz narrativa que está al mismo tiempo en silencio, y que en la versión multimedial está acompañada por un canto, el cual otorga a la obra una nueva dimensión estética. Dimensión que retoma el sentido de la evocación del mundo, expresado

<sup>4</sup> COTTIN, FARIÁ 2008.